

EL MIRADOR

Tarde de trombones en si bemol

Cada trimestre, los alumnos del conservatorio de Cáceres interpretan, ante sus familias, los progresos instrumentales. En cada audición se asiste a una cadena de evaluaciones que se cierra. Da la sensación de que los profesores son examinados por los padres y los niños por los padres y los profesores. Hacer que un instrumento suene y plegar su voz a una partitura es tan mágico que requiere la liturgia de un auditorio. La música congrega lo que ningún otro arte consigue.

La música es el arte de los sonidos, pero si bien las palabras (con su música implícita) son el lenguaje de la razón, la música explícita es el lenguaje del sentimiento y la emoción. Si la palabra es sonido, y adquiere toda su dimensión comunicativa (transformada en concepto) a través de un largo proceso de aprendizaje, una secuencia de notas musicales es sonido que deviene –sin más– en comunicación, porque penetrando directamente en la topicidad del sentimiento humano provoca emoción estética y puede estremecer la conciencia sin intermediación primaria de la razón.

Algunos escritores utilizan recursos musicales para componer sus obras y adentrarse en la profundidad del lector. Antonio Lobo escribe sus novelas según patrones sinfónicos. Su prosa cae del cielo y cada palabra encaja en la secuencia de texto como cada nota en la codificación de un pentagrama.

No necesitamos demostrar que la música es el arte más cercano a la esencia. Es una lengua universal cuya claridad parece superar a la intuición (Schopenhauer), a pesar de ser “un ejercicio inconsciente de aritmética en el que la mente no sabe qué está contando” (Leibniz). La música, ¿es sólo aire que vibra? ¿Cuánto tiene de material si es intangible? ¿Si es inmaterial por qué nos toca? Desde nuestra percepción desciende una

escalera de frecuencias hasta la partícula indivisible, esa que tiritita entre el algo y la nada. Ciertos científicos, conscientes de ello, han pretendido la transducción de las secuencias de proteínas humanas del genoma en música clásica. Para ello están desarrollando un programa informático que convertirá las secuencias de proteínas en música de forma automática. Conceder una garganta al genoma revelará la sinfonía que cada uno

La música, ¿es sólo aire que vibra? ¿Cuánto tiene de material si es intangible? ¿Si es inmaterial por qué nos toca?



La música genera emoción estética directamente, sin intermediación de terceros, porque tiene licencia para recurrir al sistema límbico sin permiso.

de nosotros lleva dentro.

El pentagrama y el ADN tienen esto en común: ambos deben ser interpretados. En consecuencia, el valor (genuino) de la composición es superior al valor (espurio, apócrifo) de la ejecución: si el pentagrama custodia el genotipo de una composición musical, su reproducción a manos del intérprete viene a ser el fenotipo.

Las analogías invaden el universo. La música expresa el cimienta inorgánico de lo orgánico. Las

cuatro voces de toda armonía se corresponden con los cuatro reinos de la naturaleza: bajo-mineral, tenor-vegetal, alto-animal y soprano-hombre.

Toda la naturaleza está contenida en la música, y también el hombre, en cuanto estructura por la que el origen –desde el bigbang– se busca a sí mismo. La melodía (secuencia contextualizada de algos), la armonía (combinación simultánea y normalizada de los algos) y el ritmo (flujo de algos a golpes de pulso) que la naturaleza tiene, los incorpora la música de manera fidedigna y por eso apela con tanta intensidad a ese lugar de la conciencia donde reside el sentimiento. La música genera emoción estética directamente, sin intermediación de terceros, porque tiene licencia para recurrir al sistema límbico sin permiso. Ella es tiempo y vida, es dinámica e inercial, no es inerte. Otras artes son inertes. La música es propiamente aferencial, te penetra. El producto de las otras artes necesita ser penetrado por nuestra razón.

La música es un arte bisagra: articula hombre con mundo, hombres con hombres, y arte con arte, porque su relación con lo demás es tan directa, que más que limbo es transición entre polos sin solución de continuidad.

Una procesión de Semana Santa y un desfile militar tienen algo en común. Ambos escarban el silencio, extraen el ritmo de lo primordial; combinan color, paladar, textura, aroma y sonido; excitan los impulsos inhibidos por los prejuicios y regulan su fluir. Por eso la simplicidad de los más cándidos es atraída de forma irresistible por los tambores y trompetas, y por eso mismo, antiguamente, las almas más ingenuas eran reclutadas para la guerra con el simple reclamo de un pasacalles: un grupo de soldados vestidos de gala marcando el paso al son del arte primordial.

Es la música. Son los niños.

LA GUINDA

Los huevos con chocolate

Ángel Paz Rincón

Cuando un niño compra un huevo de chocolate... ¿Por qué lo hace?, ¿Por el chocolate o por el juguete que tiene dentro? En ocasiones se va tan deprisa a buscar el artilugio de plástico, la sorpresa, que se menosprecia su capa envolvente.

Toda una metáfora del modelo consumista: llegar más allá del objeto de deseo, pero consumiendo. El consumo nos lleva a destruir y buscar el sentido en el más allá, esto es, en el ridículo cachivache. De paso nos acostumbran, desde niños, a satisfacer nuestros deseos destruyendo. El deseo centrado en el vacío, en la inmaterialidad pero previo pago de lo material.

Una mercancía nunca cumple la satisfacción anunciada; es necesario ir más allá, buscar en el hueco interior donde puede estar la sorpresa. No es necesario saber qué consumes, qué compras... lo interesante es la sorpresa, de paso el vendedor no tiene que especificar las características de su producto y se evitan las reclamaciones. La sorpresa está “dentro del envase” o “en el interior de la caja” o en “el reverso del tapón”,...siempre más allá del producto, de lo meramente material.

Análogamente, si lo aplicamos a la relación humana: el sujeto material no interesa; es preciso ir más allá y allí nos encontramos con la artificialidad de lo “políticamente correcto”, expresiones eufemísticas, vacías, que ocultan nuestra incapacidad de reconocer que en realidad no nos interesan. Lo que buscamos el “chismito” que nos entretenga un rato. Los que tenemos junto a nosotros son negros, bajitos, pobres, musulmanes, pesados... pero en la lógica kinderiana no son otra cosa que la envoltura de chocolate que podemos desechar siempre que busquemos la raza, el superhombre, lo homogéneo...



José Luis Mañas Núñez

Médico